

*Acercamientos  
socioculturales  
a la investigación  
de la comunicación:  
el gozne metodológico*

*Raúl Fuentes Navarro*

El rasgo que probablemente caracterice con mayor justicia a la investigación de la comunicación es su estado permanente de crisis, o como se le llamó en Estados Unidos en los años ochenta, de “fermento”.<sup>1</sup> A pesar de muy serios y variados intentos —realizados en distintas épocas y regiones— por fundamentar la consolidación disciplinaria de los estudios sobre la comunicación, el debate continúa. El cambio, y el entrecruzamiento de perspectivas teórico-metodológicas han sido constantes. De ahí, al mismo tiempo, la dificultad que ha encontrado este *campo* para institucionalizarse y legitimarse académica y socialmente, y la posibilidad de aprovechar su flexibilidad en el movimiento de reestructuración “postdisciplinaria” que parece sentar las bases del desarrollo futuro de las ciencias sociales y humanas.

De hecho, es posible reconocer en la actualidad, en este ámbito, no sólo un replanteamiento de las preguntas posibles, sino además y quizá de manera más evidente un cuestionamiento que tiene que ver centralmente con la metodología, tanto en su nivel conceptual como en su nivel operativo. Desde muy diversas corrientes, se busca diversificar, re-crear e incluso inventar el “instrumental” que

---

1. Un debate organizado por la International Communication Association a principios de los años ochenta, se condensó en un número especial del *Journal of communication* (1983), titulado precisamente *Ferment in the field*. Tan impactante resultó esa publicación, que diez años después fueron dos los números dedicados a su continuación bajo el título *The future of the field* (Levy y Gurevitch, 1994).

haga posible despejar la opacidad de los procesos y prácticas sociales. Los estudios sobre la comunicación no son ajenos a ese movimiento.

### La constitución teórico-metodológica de la investigación de la comunicación

Es un hecho que en ninguna parte del mundo el estudio de la comunicación se ha consolidado como una disciplina académica propiamente dicha. En los países donde se ha institucionalizado más firmemente,<sup>2</sup> el estatuto disciplinario del campo académico de la comunicación es objeto de constante tensión y pugna al interior de los diversos sistemas universitarios.

El primer país donde se institucionalizó la comunicación como campo académico fue Estados Unidos, cuyo sistema universitario sufrió grandes transformaciones a partir de la última década del siglo XIX, al mismo tiempo que la organización social total del país (Clark, 1992). El modelo europeo de la universidad de investigación (*research university*) se impuso sobre el preexistente del *community college*, centrado en la “formación de pregrado en artes liberales” (Rogers, 1993: 20).

En este contexto, las primeras escuelas de periodismo, como la fundada a principios de este siglo por Joseph Pulitzer en Columbia, que no pretendían más que “la formación de profesionales íntegros, competentes y con un alto grado de instrucción” (Nixon, 1974: 197-198), debieron transformarse para sobrevivir en el entorno de las universidades de investigación: se hizo necesario “cientificarlas”, al introducir una fuerte dosis de ciencias sociales en los programas de formación de periodistas (Rogers, 1994: 467).

Cuando se revisa la historia latinoamericana del estudio de la comunicación, es muy ilustrativo el contraste con las vicisitudes del proceso norteamericano, que se le impuso como modelo (Fuentes, 1992). Veikko Pietilä (1994) ha hecho ver al respecto que los “mapas” disponibles para conocer la historia de los estudios sobre la comunicación varían dependiendo de la posición de quienes los escriben.<sup>3</sup> A reserva de desarrollar ese análisis en otro lugar, conviene destacar que en todo

- 
2. Estados Unidos, Europa del norte y occidental, Corea, Egipto y, en América Latina, Brasil y México (Rogers, 1994: 489-490).
  3. Por ello es interesante contrastar las historias de las *mass communication research*, extensamente difundidas, con las de los *critical communication studies*, por ejemplo, debido a que como lo advierte Hanno Hardt, “es ampliamente reconocido que la idea de comunicación

el mundo, el debate por el estatuto disciplinario del estudio de la comunicación tiene entre sus principales "frentes de lucha" *la escritura (o reescritura) de la historia* y que en ese frente la atención mexicana ha sido casi nula.<sup>4</sup>

Klaus Krippendorff ofrece una reflexión de mucho interés sobre "el pasado del futuro esperado de la comunicación". El artículo así titulado parte de qué casi toda la investigación de la comunicación ha estado orientada por el estudio de los mensajes, lo cual ha generado explicaciones "objetivistas e implícitamente normativas" (Krippendorff, 1993: 34), desde el origen del campo: "estudios que correlacionan variables del mensaje y efectos, indagaciones sobre la efectividad de diferentes diseños de mensajes, uso de teorías matemáticas para predecir cambios de actitudes por la exposición a los medios, etc. Ninguno de estos considera a los participantes humanos en el proceso como entes capaces de arreglar sus propios significados, de negociar sus relaciones entre ellos mismos y de reflexionar sobre sus propias realidades" (Krippendorff, 1993: 35).

La emergencia del constructivismo, en sus diversas modalidades, para teórica y metodológicamente volver a incorporar el conocimiento en los sujetos, puede tener para Krippendorff verdaderas consecuencias revolucionarias (en el sentido kuhniano de la "revolución copernicana") al constituir un hito en la investigación de la comunicación que define una "nueva" oposición teórico-práctica:

No estoy anticipando que la investigación de la comunicación centrada en el manejo de los mensajes vaya a desaparecer. La gente que ocupa posiciones

---

representa un interés compartido en un fenómeno social que ha ocupado desde hace mucho tiempo a diversas disciplinas. Los científicos sociales estadounidenses han estado particularmente comprometidos con un estudio tal de la comunicación, cuya expresión más reciente es una exploración de los procesos de lucha por las representaciones ideológicas dentro y fuera de los medios. Se ha puesto énfasis en las relaciones entre medios, poder y el mantenimiento del orden social. Recientemente, la sociología de los medios ha descubierto necesidad de una explicación alternativa de los medios y de la comunicación en la sociedad, que realce la importancia de la cultura y las expresiones culturales. Aunque se ha centrado en el ejemplo de los estudios culturales británicos como la fuente de tal alternativa, ha habido encuentros previos con una tradición crítica de la cultura en las ciencias sociales estadounidenses" (Hardt, 1992: x-xi).

4. Aunque es necesario no confundir la historia de los estudios sobre la comunicación y la historia de la comunicación. Se pueden distinguir, en esta última, tres tipos de enfoques: la macrohistoria de la comunicación, como la cultivada por los canadienses Harold Innis y Marshall McLuhan; la historia de la comunicación propiamente dicha, centrada en la pregunta "¿cómo los cambios en la comunicación influyen y son influidos por otros aspectos del cambio social?" y la historia de las instituciones. En México sólo se ha cultivado este tercer tipo de estudios históricos.

de autoridad está muy ansiosa por adoptar construcciones deterministas de la realidad que les pueden ofrecer el prospecto de forzar la predictibilidad y la controlabilidad sobre otros.<sup>5</sup> Lo atestigua el uso del vocabulario de esta orientación en los medios masivos, la política, la educación, la publicidad, las relaciones públicas y la administración. Los investigadores de la comunicación se pueden refugiar en este cómodo nicho donde son reforzadas las explicaciones del manejo de los mensajes y recompensados los operadores de los intereses manipulatorios (Krippendorff, 1993: 40).

La alternativa que presenta la epistemología constructivista y que puede llevar a una “nueva y virtuosa síntesis”, según Krippendorff, tiene tres componentes: primero, considerar a los seres humanos como entes cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con otros, y tercero, “como interventores moralmente responsables, si no es que creadores, de las mismas realidades sociales en las cuales acaban viviendo” (Krippendorff, 1993: 40). En este punto, Krippendorff parece coincidir con la teoría de la estructuración del británico Anthony Giddens, para quien “los estudios de comunicación son absolutamente centrales para la teoría social y la ciencia social” (Giddens, 1989: 65).

La teoría de la estructuración recupera la noción de que el agente humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su acción. La teoría de Giddens reconoce que los esquemas interpretativos incluyen esquemas ya interpretados por los actores sociales, y relaciona tres grandes “estructuras” institucionales de la sociedad: las de significación, las de dominación y las de legitimación, con tres modelos de interacción, la comunicación, el poder y la sanción respectivamente, a través de las “modalidades” o “mediaciones” de los esquemas interpretativos, los medios y las normas (Giddens, 1984: 29).

En este marco, lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, pero esta capacidad de conocer está siempre delimitada

---

5. El investigador español Manuel Martín Serrano argumenta por su parte que “la información posee ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, valor de cambio” y que este hecho “trastoca la función y el uso de las teorías de la comunicación”. En este planteamiento y en otros muchos, la constitución teórica de la comunicación no es sólo un problema intelectual o científico. Es también, en gran medida, una cuestión económica, política e ideológica, dado el carácter eminentemente práctico del trabajo teórico (Martín Serrano, 1990, 1992).

institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de “conciencia práctica”, es decir, “todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva” (Giddens, 1989: 57). Por ello la ciencia social, para Giddens y sus seguidores, tiene tareas etnográficas fundamentales, pues puede dar forma discursiva a aspectos del “conocimiento mutuo” que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De este “conocimiento mutuo” entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan sentido en la práctica. Y la comunicación, en esencia, consiste en esa producción en común de sentido. Su investigación y teorización no pueden entonces limitarse al estudio de los medios (tecnológicos o no, “nuevos” o no) que los sujetos sociales usan para generar el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia identidad.

Desde esta perspectiva, la historia de la investigación de la comunicación aparece en el momento actual enfrentada en la práctica a una disyuntiva: o se refuerza a sí misma en cuanto “especialidad” institucionalizada, o se cuestiona a sí misma, reflexivamente (comunicativamente) en búsqueda de nuevos modelos teóricos y metodológicos, que le permitan dar cuenta de fenómenos socioculturales que la y la telemática<sup>6</sup> han venido a poner en evidencia.

Tal disyuntiva pasa centralmente por el debate metodológico, que a su vez exige una recuperación crítica de la propia historia del campo y, esta recuperación, a su vez, de una reinterpretación reflexiva de los rasgos y las determinaciones que lo constituyen. Algunos investigadores estadounidenses han emprendido este proceso postulando que:

La fragmentación de la comunicación se manifiesta en las muchas subespecialidades que se consideran parte del campo de la comunicación, y que se distinguen por sus muy diferentes métodos de indagación, por sus niveles de análisis, por teorías que ubican a la comunicación en puntos muy diversos del proceso de la investigación (en la distinción más simple, como antecedente o como resultado), y hasta por diferencias en los fenómenos que merecen ser llamados comunicación. Nuestro argumento es que mientras que tales distinciones son válidas para organizar y enfocar el trabajo académico,

---

6. Convergencia de las telecomunicaciones y la informática cuya manifestación quizá más espectacular es la Internet.

la fragmentación que resulta puede ser asfixiante (Hawkins, Wiemann y Pingree, 1988: 7).

Según Jensen y Jankowski (1991), en el campo de la comunicación de masas se han dado, en este sentido, dos desarrollos interrelacionados: la emergencia de enfoques metodológicos cualitativos y la convergencia, en torno a este “giro cualitativo”, de disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales. Aunque anotan que la diferencia entre “cuantitativo” y “cualitativo” tiene sentido a nivel metodológico –y no teórico– (Jensen y Jankowski, 1991: 7), reconocen el predominio histórico (social y políticamente determinado) de lo cuantitativo y la fragmentación de los referentes, para resumir la oposición de los objetos de estudio “comúnmente asociados” a las metodologías cuantitativa y cualitativa en la producción (objetiva) de información y los procesos (subjetivos) de significación.

Jensen reconstruye la historia de las contribuciones de la investigación humanística al estudio de la comunicación (como proceso de significación o producción de sentido) alrededor sobre todo de los conceptos de discurso, subjetividad y contexto. Revisa las tradiciones de la crítica literaria, el estructuralismo y la semiología, y los estudios culturales, para concluir con la propuesta de un avance “hacia una semiótica social”, en que el discurso se concibe como “géneros con usos específicos en la práctica social”, la subjetividad se define en términos colectivos, más que individuales, “como la expresión de repertorios interpretativos situados socialmente” y el contexto se relaciona con el emplazamiento (*setting*) histórico específico en el cual las instituciones-para-pensar-con sirven a sus diversos propósitos” (Jensen, 1991: 43).

Por su parte, Jankowski y Wester revisan las tradiciones cualitativas en la investigación social, alrededor de la *verstehen* (comprensión del sentido), la perspectiva del actor y la problematización del objeto previa a la teorización. A partir de la historia de la Escuela de Chicago, y de la clásica formulación weberiana de la sociología como “una ciencia que busca la comprensión interpretativa de la acción social para llegar a la explicación causal de su curso y efectos”, los autores encuentran en el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la etnografía, los elementos de lo que “parece ser un movimiento hacia la síntesis de las prácticas cuantitativas y cualitativas en la investigación de la comunicación [...] También hay una creciente apertura metodológica y una disposición creciente para aplicar enfoques cualitativos” (Jankowski y Wester, 1991: 73).

## Tendencias de la investigación académica en México

En México, los resultados de los análisis bibliométricos realizados sobre la investigación de la comunicación (Fuentes, 1988; 1996) hacen ver cada vez más borrosas las fronteras disciplinarias del campo, tanto cuando se enfocan los temas abordados y los objetos estudiados, como cuando se identifican los marcos teórico-metodológicos empleados. Si por disciplina se entiende un “conjunto específico de conocimientos susceptible de ser enseñado, y que tiene sus propios antecedentes en cuanto a educación, formación, procedimientos, métodos y áreas de contenido” (Berger, 1975: 6), la investigación sobre la comunicación ha tendido a ser más bien pluridisciplinaria, que se entiende como la “interacción existente entre dos o más disciplinas diferentes. Tal interacción puede ir de la simple comunicación de ideas hasta la integración mutua de conceptos directivos, metodología, procedimientos, epistemología, terminología, datos y la organización de la investigación y la enseñanza en un campo más bien grande” (Berger, 1975: 7).

Entre muchas otras, la formulación del argentino Eduardo Vizer puede servir como descripción inicial del carácter cognoscitivo del estudio de la comunicación:

La comunicación define como propio un campo de problemas y de hechos cuya característica es la multidisciplinariedad, las mediaciones y las articulaciones entre la fragmentación y la diversidad de lo que denominamos “realidad” (y en primer lugar la caótica y compleja interdependencia de hechos, procesos y sistemas de la realidad social, que al reflejarse en los medios de comunicación a nivel global, tienden a reforzar en forma recursiva las tendencias tanto hacia la estabilidad como hacia el cambio, abriendo un horizonte de incertidumbre, complejidad creciente y cambio global) (Vizer, 1994: 366).

Una caracterización general de los trabajos incluidos en la *Sistematización documental 1986-1994* de la investigación de la comunicación en México, confirma esta constitución fragmentaria (y centrífuga) del campo, cuyo primer indicio está en la distribución de “marcos disciplinarios” diversos que se expone en el cuadro 1:



**Cuadro 1**  
**“Marcos disciplinarios” de investigación de la comunicación en 1,019**  
**documentos sistematizados, 1986-1994**

	n	%
Sociológicos	463	45.4
Comunicacionales	158	15.5
Históricos	81	8.0
Educativos	71	7.0
Antropológicos	56	5.5
Epistemológicos/metodológicos	52	5.1
Económicos/políticos	43	4.2
Lingüísticos/semióticos	37	3.6
Otros	58	5.7
<b>Totales</b>	<b>1,019</b>	<b>100</b>

Fuente: Fuentes (1996).

El predominio de los “marcos” sociológicos en la investigación de la comunicación es un dato muy significativo: por una parte, en los recuentos más recientes sobre el “estado actual” de la teoría, la enseñanza o la investigación en sociología en México, la comunicación como objeto de estudio prácticamente no aparece (Paoli, 1990; Castañeda, 1990; IIS-UNAM, 1990; Girola y Zabłudovsky, 1991; Zabłudovsky, 1992; Villaseñor, comp. 1992; Andrade, 1993; Torres, 1993; Girola y Olvera, 1994; Perló, coord., 1994). Este hecho indica que las diversas comunidades de sociólogos mexicanos no han reconocido a la “sociología de la comunicación” como una especialidad de la sociología académica nacional, sino como una especialidad relativamente ajena a sus campos, lo cual implica ya una especie de reconocimiento del campo de la comunicación. Por otra parte:

Las relaciones entre la sociología y los estudios de la comunicación tienen una larguísima historia que se puede ubicar en el origen mismo de la llamada ciencia de la comunicación. Desde entonces y hasta la fecha las relaciones entre ambas disciplinas continúan siendo estrechas, con la diferencia de que, si en un principio estas relaciones eran más de dependencia de los estudios de la comunicación hacia la sociología, actualmente se puede hablar de una relación que se inscribe más en la interdisciplinariedad que en la dependencia (Rodríguez D., 1994: 157).

Berger define las relaciones interdisciplinarias simplemente como la “yuxtaposición de disciplinas que se suponen más o menos relacionadas” (1975: 6), aunque, en sus términos, las relaciones apuntadas entre sociología y comunicación podrían considerarse más bien un caso de erección de la sociología como un marco transdisciplinario para los estudios sobre la comunicación, lo que supondría el “establecimiento de una axiomática común para un conjunto de disciplinas” (Berger, 1975: 7), reforzando la idea de “dependencia” epistemológica o metodológica original aunque sin implicar la formación de una comunidad científica dependiente. El propio Berger señala que, empíricamente, “no existe ninguna relación constante entre la idea de una reagrupación de disciplinas y la de una interacción entre éstas y la reagrupación de personas” (1975: 27).

En este caso, entonces, puede ser útil recuperar el modelo que, a su vez, el investigador sueco Karl Erik Rosengren rescata de Burrell y Morgan (1979) para clasificar las escuelas de investigación sociológica en un modelo topológico que opone, en un eje, las sociologías del “cambio radical” y de la “regulación”, y en el otro eje, las perspectivas objetiva y subjetiva. Para Rosengren, la investigación sociológica de la comunicación cambió de orientación entre 1983 y 1993:

A finales de la década de los setenta, la dimensión regulación/cambio radical era la predominante, a veces hasta el grado de suscitar advertencias bien fundamentadas, buenos ejemplos de las cuales se pueden encontrar en *Ferment in the field* [cfr. Lang y Lang, 1983]. Ahora, la dimensión subjetivismo/objetivismo tiene la primacía, tanto en las humanidades como en las ciencias sociales en general, así como en la comunicación. No se necesita mucho para entender por qué esto es así (Rosengren, 1994: 15)

La razón aducida por Rosengren es el declive político e intelectual del marxismo, sustento principal de las sociologías del “cambio radical”, como la teoría crítica y el existencialismo francés entre las corrientes humanísticas (subjetivistas), y el marxismo mediterráneo o la teoría del conflicto entre los estructuralistas (objetivistas). Esto no implica, sin embargo, que las sociologías “de la regulación”, como la fenomenológica o la hermenéutica entre las interpretativas (subjetivistas), o el interaccionismo y la teoría de la acción social o la teoría de los sistemas sociales entre los funcionalistas (objetivistas), hayan ocupado todo el campo teórico. Se trata más bien de un cambio de eje en el debate:

La investigación orientada humanísticamente en la sociología y en la comunicación, tradición que siempre ha sido importante, se ha fortalecido, vitalizando el debate que [...] comenzaba apenas hace diez años. Este desarrollo general tiene dos articulaciones. Primero, se enfatiza mucho más que antes el enfoque del sujeto actuante y deseante, el individuo humano como tal. Segundo, la perspectiva histórica se ha fortalecido aún más, como un complemento bienvenido a la perspectiva unilateral y ahistórica de los antiguos enfoques conductistas y científico-sociales (Rosengren, 1994: 16).

Al igual que Curran (1990) y otros (Dervin *et al.*, 1989), Rosengren atestigua el abandono del propósito de confrontar (o “sustituir”) la actividad académica por la política (o viceversa) en la investigación de la comunicación, revisando no tanto “lo que sucede o ha sucedido, sino lo que no ha sucedido y por qué” (Rosengren, 1994: 16).<sup>7</sup> El cambio es tanto ideológico como metodológico. El debate actual tiende a cuestionar precisamente lo que, en el contexto más amplio de la teoría social, Giddens llama “el consenso ortodoxo” y a enfrentar entre sí, para volver con Rosengren, a los enfoques sociológicos objetivistas y subjetivistas.

En América Latina, estos enfoques y desplazamientos de los ejes de debate han seguido una historia paralela, aunque diferente, debido a la dependencia estructural (Atwood, 1986; Gómez-Palacio, 1989; Fuentes, 1992); sin embargo, en la historia de la investigación de la comunicación, y en ciencias sociales en general, han predominado dos tradiciones metodológicas “en principio diferentes y opuestas” que “contienen por la hegemonía”: los enfoques empirista y dialéctico (Sánchez Ruiz, 1992: 32), a los cuales quizá habría que agregar, en los años más recientes, el hermenéutico, y entre los que se ubica la posible emergencia de “síntesis creativas”. Pero habría que subrayar la necesaria (muchas veces señalada y raramente abordada) articulación analítica entre marcos de interpretación como los aquí recuperados (u otros) y datos concretos sobre las prácticas de investigación, sus premisas y sus productos. La sistematización documental realizada aporta los insumos para emprender tal análisis, en términos de la “configuración cognoscitiva” del campo y sus tendencias principales.

Como se ha señalado ya, a partir de los datos presentados en el cuadro 1, más de dos quintas partes de los documentos sistematizados se enmarcan sociológi-

---

7. Es pertinente recordar que esta oposición entre la actividad científica y la militancia política llegó a ser el “organizador” principal de las ciencias sociales latinoamericanas, y que en los años setenta la investigación de la comunicación llegó a formular esta oposición en términos “epistemológicos”, como las tradiciones “empirista” y “crítica” (Sánchez Ruiz, 1992).

camente, mientras que 15.5% lo hacen comunicacionalmente. El criterio de distinción entre estudios enmarcados sociológicamente y comunicacionalmente es crucial, pues no depende ni de los métodos de investigación empleados, ni de las temáticas abordadas, sino del modo de construir el objeto: como una institución, fenómeno, producto o interacción social, por una parte, o como una relación entre dos o más de esas instancias (materiales, objetivas) en que los sujetos involucrados participan en la producción de sentido (Sánchez Ruiz, 1992: 89-93).

En otras palabras, aproximadamente 85% de los documentos sistematizados sobre la investigación de la comunicación refieren a objetos de estudio contruidos sobre fenómenos que circunscriben o intervienen en los procesos comunicativos, pero esos trabajos no los analizan como tales. Si además, se considera que poco más de la mitad de los documentos sistematizados son ensayos y no informes de investigación empírica (cuantitativa o cualitativa), la parcialidad del conocimiento aportado sobre los fenómenos concretos de comunicación queda en evidencia. Aun considerando, como advierte Sánchez Ruiz, en México y Latinoamérica “lo que más ha captado la atención de los estudiosos [de la comunicación] ha sido el dominio de los medios de difusión masiva, sus orígenes, los determinantes de su operación social, sus relaciones con el poder, la composición de sus discursos, sus consecuencias e influencias sociales, etcétera” (Sánchez Ruiz, 1992: 14), y que aunque “hay diversas dimensiones del desarrollo y funcionamiento social de los medios, que en principio constituyen dominios de ciencias sociales ‘diferentes’ [...], de hecho su síntesis (o su comprensión global e integrada) solamente se puede lograr desde un punto de vista sociológico” (Sánchez Ruiz, 1992: 67).

De cualquier manera, sólo 228 de los 1,019 documentos sistematizados explicitan los métodos de investigación empírica empleados, los cuales se presentan en el cuadro 2.

Como puede verse, cerca de la mitad de los documentos clasificados en el cuadro 2 definen el empleo de métodos que, de diversas maneras, sirven para el análisis empírico de mensajes/discursos (análisis de contenido, semióticos, de discurso, sistematización documental) y pueden considerarse propios de un enfoque comunicacional. Otros métodos, como la encuesta o la etnografía, provienen típicamente de enfoques sociológicos y antropológicos respectivamente, pero han sido adoptados en la mayor parte de los casos para relacionar “variables” o “dimensiones” de la subjetividad con la producción y/o la recepción de mensajes, o bien para descubrir las mediaciones que intervienen en los procesos de comunicación o alguna de sus fases.

**Cuadro 2**  
**Métodos de investigación empírica definidos**  
**en 228 documentos sistematizados, 1986-1994**

	n	%
Análisis de contenido	62	27.2
Encuesta	46	20.2
Etnografía/observación participante	37	16.2
Análisis semiótico/de discurso	27	11.8
Sistematización documental	22	9.6
Otros	34	15.0
Totales	228	100

Fuente: Fuentes (1996).

No obstante, si se clasifican los documentos sistematizados (publicados entre 1986 y 1994) según las fases o procesos comunicativos abordados, como se hace en el cuadro 3, queda claro que en la mayor parte de los casos lo que se analiza son las instituciones que intervienen en la comunicación y no la comunicación misma, y que, en el resto de los casos, hay tanta atención prestada a los mensajes o discursos como a la recepción.

El hecho de que predominen a tal grado las instituciones (en especial los “medios”, pero también el Estado o el gobierno) como objetos de estudio, muy por encima de los propios mensajes o de las “audiencias” (sean en general o en específico niños, mujeres, obreros, etc.) indica por una parte que la comunicación es concebida mayoritariamente como función o como instrumento de agentes sociales institucionalizados, y por otra parte, en el sentido de Krippendorff, desde premisas “objetivistas e implícitamente normativas”, construidas acerca de la producción, la circulación y el consumo de mensajes. Como advertía hace ya algunos años Jesús Martín Barbero:

En el campo de la comunicación las “ideas fuertes”, las que han demarcado ese campo, responden más a un modelo de conocimiento instrumental que a un proyecto de comprensión. Comprensión cuyo eje articulador no puede ser otro que el de las relaciones comunicación/sociedad. Desde fines de los setentas la situación se ha vuelto doblemente problemática para ese proyecto, ya que mientras los saberes sobre la comunicación se dilataron y fortalecieron especializadamente, los saberes sobre lo social se han tomado confusos e inseguros (Martín Barbero, 1988: 6).

**Cuadro 3**  
**Fases-procesos de comunicación abordados en 767 documentos**  
**sistematizados, 1986-1994**

	n	%
Instituciones	348	46
Producción/infraestructuras	67	9
Mensajes/discursos	163	21
Circulación/distribución	25	3
Recepción/consumo	164	21
Totales	767	100

Fuente: Fuentes (1996).

En los términos del modelo que Rosengren retoma de Burrell y Morgan, sigue siendo clara, en la investigación mexicana de la comunicación, la preferencia por los marcos sociológicos del “cambio radical” sobre los de la “regulación”, especialmente por la influencia que en los años setenta tuvieron, por un lado, la “teoría crítica” de la Escuela de Frankfurt y las tesis del “imperialismo cultural”, y por otro las obras de Althusser y Gramsci, sobre todo en sus versiones latinoamericanizadas. No obstante, estas mismas influencias contribuyeron a privilegiar los enfoques objetivistas y macroestructurales, hasta extremos deterministas, que desde el teoricismo desplazaron la pertinencia de analizar las prácticas concretas y la necesidad de los acercamientos empíricos (Prieto Castillo, 1984).

En los años más recientes han tendido a desarrollarse, en cambio, marcos conceptuales que incorporan centralmente postulados subjetivistas, a través sobre todo del concepto de “mediación”, aunque no puede decirse que sean predominantes.<sup>8</sup>

8. Cecilia Cervantes entiende que en la obra de algunos investigadores-encrucijada ha estado emergiendo en la última década la realización de una estrategia “mediacional” que intenta romper con la razón dualista y el maniqueísmo en el campo de la comunicación. Su análisis desemboca en que “seguir la ruta del uso de la mediación por parte de los investigadores de la comunicación y con ello la de la dualidad y del dualismo, debe conducir a una comprensión amplia de que aun existiendo valores y compromisos que cohesionan a los investigadores, subsiste la diversidad del mismo modo que se presentan importantes contradicciones al interior de su práctica, las cuales deben ser planteadas desde distintos ángulos. El reto se les presenta a los investigadores-encrucijada como una necesidad de análisis de una ‘determinación’, o si se

Aquí hay que hacer notar también, de acuerdo con los datos del cuadro 1, que los “marcos disciplinarios” minoritarios (históricos, educativos, antropológicos, económico-políticos, lingüístico-semióticos) dan cuenta, en conjunto, del enfoque de 39.1% de los documentos, proporción muy considerable, que indica desde otro ángulo la dispersión prevaleciente entre los puntos de vista teórico-metodológicos. No obstante, la clasificación de los documentos según los “sujetos” de estudio definidos por las investigaciones mexicanas más recientes, refuerza la preeminencia de las concepciones teóricas “tradicionales” (objetivistas, funcionalistas, instrumentalistas) en el estudio de la comunicación.

En una evaluación autorreflexiva de “lo que sabemos sobre la comunicación en México”, se asentaba que:

[...] poco a poco, haciendo de lado los intentos “esencialistas” de explicación, entendemos los fenómenos y procesos de comunicación masiva como complejos y multidimensionales, que operan a diversos niveles de generalidad social, con diversos tipos de articulación, y por lo tanto de interacción, con la economía, las estructuras de poder, la cultura y la estructura y movimientos sociales. Sin embargo, no hemos sido capaces, todavía, de integrar todas esas dimensiones, niveles, articulaciones y mediaciones en marcos teóricos coherentes, que generen más y mejores preguntas concretas de investigación (Fuentes y Sánchez, 1992: 29-33).

La carencia de tales marcos parece ser el problema central de la investigación (mexicana, pero también de otras partes) de la comunicación. Es obvio preguntar por qué no se ha abordado ese trabajo de integración conceptual y metodológica. Una respuesta, necesariamente parcial e incompleta, puede reconocer la multidimensionalidad de los factores que determinan los procesos de constitución del propio campo y su convergencia en torno a una matriz disciplinaria epistemológica y socialmente validada. En este nivel de exploración, basado en la sistematización documental, se pueden detectar algunos de los ejes de convergencia/divergencia cognoscitiva que atraviesan el campo, pero es necesario recurrir a los

---

quiere, de una mediación (el dualismo-maniqueísmo) que está permeando sus modos de entender y de organizar el estudio de la comunicación” (Cervantes, 1992: 190-191). Este trabajo es un ejemplo, casi único, de análisis epistemológico con sustento empírico de la práctica (teórico-metodológica) de la investigación de la comunicación en México. Como tal plantea muchas más preguntas que las que responde.

niveles profesional e ideológico (Fuentes, 1995) para completar el esbozo de las articulaciones/desarticulaciones de las prácticas de investigación que pueden explicar concretamente la estructuración científica del campo en México.

Un dato que aparece en el cuadro 1, hasta aquí no retomado, es la clave de entrada a este análisis: poco más de 5% de los documentos sistematizados, es decir, 52 textos publicados entre 1986 y 1994, se ubican en marcos epistemológicos o metodológicos. Aunque, por supuesto, muchos más documentos abordan cuestiones de estos niveles sobre la investigación, lo hacen desde otros puntos de partida (sociológicos, comunicacionales, antropológicos, etc.), de manera que quedan clasificados en esas categorías. Pero, aún así, la distinción entre “epistemología” y “metodología” no es del todo clara en el conjunto de documentos seleccionados.

Por ello se optó por considerar “epistemológicamente enmarcados” a los ensayos que desarrollaran una crítica reflexiva de los supuestos teóricos de base en investigaciones realizadas (casi siempre por otros), y “metodológicamente enmarcados” a aquellos que, reflexivamente o no, hicieran énfasis en la discusión de propuestas de métodos de investigación.<sup>9</sup> De esta manera, y de acuerdo con su objeto, los documentos se clasificaron como se indica en el cuadro 4.

Muy significativamente, el campo académico (o “científico”) de la comunicación (sobre todo en el contexto de la “crisis de paradigmas”) parece ser una preocupación “epistemológica” mayor para los autores de los documentos sistematizados que la construcción de modelos teóricos sobre la propia comunicación, así como en el plano “metodológico” predomina la exploración crítica y sistemática de métodos de análisis de la comunicación vehiculada por los medios. Esto podría indicar, por una parte, que en el periodo 1986-1994 el campo atravesó por un “momento pendular” opuesto a la teorización (Sánchez Ruiz, 1988) en términos de una redefinición de la “identidad comunicológica” (Andión, 1992a; 1992b; 1992c), o que “estratégicamente” (Cervantes, 1992; Sánchez Ruiz, 1992) algunos investigadores influyentes orientaron su reflexión prioritaria a las articulacio-

---

9. Cabe hacer notar que los 52 textos son producto de sólo 27 investigadores (de alguno se incluyen hasta ocho trabajos), lo cual indica que la reflexión en los niveles epistemológico y metodológico (o, al menos, la publicación de trabajos sobre ella) es una tarea altamente concentrada en pocos sujetos, casi todos ellos con grado de doctor o en vías de obtenerlo. Como era de esperarse, las cuestiones tematizadas (“objetos de referencia”) en los textos son mucho más homogéneas que los marcos conceptuales desde donde se abordan, aunque casi todos consideran a la comunicación como un fenómeno esencialmente cultural.



## Cuadro 4

Temáticas de referencia en 52 documentos sistematizados desde marcos epistemológicos y metodológicos, 1986-1994

Epistemología		Metodología	
Campo académico de la comunicación	9	Acercamientos a la recepción	11
Polémicas teórico-conceptuales	7	Métodos de interpretación cultural	4
Metodologías de investigación	5	Análisis de contenido de mensajes	3
Comunicación y otros campos	4	Análisis de instituciones de medios	3
Reflexiones sobre prácticas de investigación	3	Análisis de producción de mensajes	2
Video en la investigación etnográfica	1		
<b>Total</b>	<b>29</b>	<b>Total</b>	<b>23</b>

Fuente: Fuentes (1996).

nes metodológicas (con sus implicaciones éticas, técnicas y políticas) entre las prácticas concretas de investigación (ubicadas en lo social) y los nuevos marcos interpretativos, culturales y socioculturales. A la revisión de algunas de estas articulaciones metodológicas está dedicada la tercera y última parte de este trabajo.

### Hacia la reconstitución metodológica de la investigación de la comunicación

Según una formulación básica de una de las investigadoras latinoamericanas más comprometidas con el desarrollo metodológico del campo de la investigación de la comunicación:

Con la palabra “metodología” ocurre lo mismo que con las palabras “comunicación”, “historia”, “economía” y otras, que son empleadas para indicar tanto una disciplina o estudio como su objeto. Tenemos ahí una ambigüedad en el sentido de la palabra que acarrea ciertas imprecisiones y equívocos. A

fin de evitarnos tal confusión, empleamos los términos Metodología de la investigación para indicar la investigación o teorización de la práctica de la investigación científica y Metodología en la investigación para indicar el trabajo con los métodos empleados [en un estudio concreto] (Vassallo, 1990: 80-81).

De acuerdo con esta distinción, en este trabajo hemos privilegiado la primera de esas acepciones y es desde esa consideración de la metodología como “teorización del proceso de producción de conocimiento o como ‘investigación de la investigación’” (Vassallo, 1990: 77), que apuntamos algunos “goznes” o articulaciones metodológicas que se perfilan en ciertas prácticas concretas de investigación de la comunicación como constitutivos de una perspectiva sociocultural emergente.

El primero de estos “goznes” conceptuales, que aparece como esencial para relacionar en la investigación los postulados teóricos con la generación de datos empíricos (observables) sobre los procesos de comunicación, es el de la cotidianidad, cuyo “itinerario” intelectual se remonta a la fenomenología (Rodríguez S., 1996) y que ha sido relacionado por Habermas, a través del término “mundo de la vida”, con la acción comunicativa (Habermas, 1989).

La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación sólo subrayen temáticamente uno de esos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción (Habermas, 1989: 171).

La densidad significativa de la vida cotidiana y los procesos por los cuales los sujetos “construyen socialmente la realidad” y le dan sentido tanto a lo que hacen como a lo que perciben, ha sido largamente reconocida y elaborada por las diversas tradiciones antropológicas y sociológicas interpretativas que confluyen con estudios del lenguaje y la comunicación en el análisis de las prácticas sociales y sus relaciones con los sistemas culturales o de significación. Estas confluencias, una vez reconocidas y asimiladas, pueden ser la base para la superación de la concepción única o predominantemente instrumental y no constitutiva de la comunicación en la vida social (Mumby, 1997: 7). En última instancia, esta

propuesta llega hasta la definición radical de una nueva disciplina, fundada en una ontología de la comunicación:

Los académicos que respondan a esta orientación actuarán como discípulos o procuradores de una visión comunicacional del Ser. Estos discípulos afirmarán que la comunicación es esencialmente simbólica, pero que no hay nada de “meramente” en ello [...] En cambio, las palabras serán consideradas como la fuerza ontológica, donde el lenguaje constituye la existencia y la comunicación hace que el Ser sea; [...] donde la comunicación, más que la estructura celular, la energía o la masa, la cualidad estética o la espacialidad, es el fundamento del Ser (Shepherd, 1993: 90).

El diseño metodológico para investigar la comunicación en la vida cotidiana en tanto relación constitutiva del ser (al menos social), representa un reto mayor, al que no obstante ha habido acercamientos altamente rigurosos y promisorios, como el ya mencionado de Giddens (1984) en la teoría de la estructuración. El énfasis en este acercamiento está puesto en un sujeto competente, que mediante su conciencia práctica posee un gran conocimiento acerca de las condiciones y las consecuencias de sus acciones en la vida cotidiana. Esta “conciencia práctica” es extraordinariamente compleja, “complejidad que con frecuencia permanece inexplorada en los acercamientos sociológicos ortodoxos” (Giddens, 1993: 281), y en cuyo estudio sistemático reside una rica posibilidad de desarrollo para una metodología comunicacional.

A partir del mismo ámbito conceptual puede formularse, en forma articulada, un segundo “gozne” metodológico para la investigación sociocultural de la comunicación, que a su vez puede fomentar la incorporación de aportes provenientes de la semiótica y la lingüística como el modelo de las competencias discursivas. En términos comunicativos, este eje atraviesa la categoría de usos, no sólo como relación de lectura de un mensaje por un sujeto, sino como capacidad de apropiación, aprovechamiento y transformación de los sistemas de comunicación, a su vez constituidos por sistemas de transmisión y procesamiento de información y por sistemas de significación, convencionalmente (es decir, socioculturalmente) articulados (Eco, 1977).

En la terminología de Giddens, los esquemas interpretativos “son los modos de tipificación incorporados en los repertorios de conocimiento de los actores, aplicados reflexivamente en el sostenimiento de la comunicación”, y son inseparables, como “modalidades” de la estructuración significativa de los medios o

recursos de dominación y de las normas de la legitimación (Giddens, 1984: 29). De esta manera, la comunicación, el poder y la sanción (moral), dimensiones constitutivas de la interacción social, confluyen en la estructuración de los sistemas sociales a través de la institucionalización discursiva, político-económica y legal (Giddens, 1984: 31).

La agencia es, en la teoría de la estructuración, la capacidad del actor "para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio" (Sewell, 1992: 19), pues los recursos nunca están distribuidos de manera homogénea entre los sujetos sociales (individuales o colectivos).<sup>10</sup> "Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida" (Sewell, 1992: 20).

El concepto de agencia y las competencias que pueden postularse y analizarse como sus constitutivos en la práctica comunicativa, permiten sustentar un concepto de usos que articule las relaciones de los sujetos con los sistemas de comunicación sin aislar estas relaciones de las estructuras y prácticas de dominación y de legitimación:

Las transposiciones de esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la agencia son siempre actos de comunicación con otros. La agencia conlleva una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coaccionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas (Sewell, 1992: 21).

Con esto resulta evidente la necesidad de una tercera articulación o "gozne" metodológico en la investigación de la comunicación: la constitución de las identidades sociales de los sujetos, en cuanto participantes (agentes) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social mediante prácticas (interaccio-

---

10. Los "recursos", de cuya movilización depende de la dominación, como ejercicio del poder en las interacciones sociales pueden ser "alocativos" (capacidad de transformación sobre objetos materiales) o "autoritativos" (capacidad de transformación sobre personas o actores) (Giddens, 1984: 33).

nes) comunicativas. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la subjetividad y, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, articuladamente, desde sus constitutivos sistémicos o estructurales (objetivos) y desde la intersubjetividad en la producción social de sentido.

Mediante el desarrollo de modelos metodológicos que reconceptualicen la comunicación a partir de “goznes” como los indicados, será posible, en la práctica de la investigación, integrar sistemáticamente las herramientas de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen el objetivismo y el subjetivismo, lo macroestructural y lo microsocioal, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. Una propuesta “ejemplar”, recién incorporada como “paradigma analítico” a diversos proyectos concretos de investigación académica en México, es la generada por John B. Thompson en *Ideología y cultura moderna* (1993) como “marco metodológico de la hermenéutica profunda”:

La idea que subyace a la hermenéutica profunda es que, en la investigación social y en otros campos, el proceso de interpretación puede ser, y de hecho exige ser, mediado por una gama de métodos explicativos u “objetivantes”. Cuando tratamos con un campo que está constituido en la misma medida por la fuerza y el sentido, [...] es posible y deseable mediar el proceso de interpretación empleando técnicas explicativas u objetivantes. Por tanto, la “explicación” y la “interpretación” no deberían ser consideradas, como a veces se hace, como términos mutuamente excluyentes o radicalmente anti-téticos: más bien, pueden tratarse como momentos complementarios en una teoría interpretativa comprensiva, como pasos que se apoyan mutuamente en un “arco hermenéutico único” (Thompson, 1993: 305-306).

El modelo de Thompson comienza, “inevitablemente”, por la interpretación de las *doxas*, o “interpretación de las opiniones, creencias y juicios que sostienen y comparten los individuos que conforman el mundo social” en el curso de la vida cotidiana (Thompson, 1993: 307), mediante una recuperación etnográfica. La argumentación es en esto estrictamente paralela a la “doble hermenéutica” de Giddens: “En la medida en que el objeto de nuestra investigación es un campo preinterpretado, el enfoque hermenéutico profundo debe reconocer y tomar en

cuenta las maneras en que las formas simbólicas son interpretadas por los sujetos que comprenden el campo sujeto-objeto” (Thompson, 1993: 306).

Pero en seguida debe realizarse una “ruptura epistemológica con la hermenéutica de la vida diaria”, pasando a la hermenéutica profunda, que comprende tres fases, que no son etapas secuenciales sino “dimensiones analíticamente distintas de un complejo proceso interpretativo” (Thompson, 1993: 308). Estas tres fases son el análisis sociohistórico, el análisis formal o discursivo y la interpretación/reinterpretación. “Dentro de cada fase [...] pueden existir varios métodos de interpretación, y algunos métodos pueden ser más apropiados que otros dados el objeto específico de análisis y las circunstancias específicas de la investigación” (Thompson, 1993: 308).

El objetivo del análisis sociohistórico es “reconstruir las condiciones sociales e históricas de la producción, la circulación y la recepción de las formas simbólicas”<sup>11</sup> mediante la identificación y descripción del ámbito espacial-temporal específico, los campos de interacción, las instituciones sociales y los medios técnicos de inscripción y transmisión en que se ubican estas formas simbólicas (Thompson, 1993: 309-311). Pero “los objetos y las expresiones significativas que circulan en los campos simbólicos son también construcciones simbólicas complejas que presentan una estructura articulada. Esta característica exige una segunda fase de análisis [...] formal o discursivo” (Thompson, 1993: 312).

Al igual que los análisis de la primera fase, pueden utilizarse diversos métodos (semiótico, conversacional, sintáctico, narrativo, argumentativo), con tal de que este análisis no se desligue del análisis sociohistórico, ni de la interpretación/reinterpretación (Thompson, 1993: 312).

La fase tercera y final del enfoque hermenéutico profundo es lo que llamaré interpretación/reinterpretación. Aunque los métodos del análisis formal o discursivo facilitan la fase de interpretación, ésta es distinta a ellos. Estos últimos métodos proceden por análisis: examinan, separan, deconstruyen, buscan develar los patrones y recursos que constituyen una forma simbólica

11. Desde una perspectiva plenamente sociocultural, Thompson reformula el concepto de cultura de Geertz como “los patrones de sentido incorporados a las formas simbólicas que se intercambian en la interacción social”, mediante su concepción estructural: “los fenómenos culturales pueden considerarse como formas simbólicas en contextos estructurados y el análisis cultural puede concebirse como el estudio de la constitución y la contextualización social de las formas simbólicas” (Thompson, 1993: 13).

o discursiva, y que operan en ella. La interpretación se construye sobre este análisis, así como sobre los resultados del análisis sociohistórico. Pero la interpretación implica un nuevo movimiento del pensamiento: procede por síntesis, por la construcción creativa de un sentido posible [...] El proceso de interpretación [...] trasciende la contextualización de las formas simbólicas tratadas como productos situados socialmente, y el cierre de las formas simbólicas tratadas como construcciones que presentan una estructura articulada. Las formas simbólicas representan algo, dicen algo acerca de algo, y es este carácter trascendente el que se debe captar por medio del proceso de interpretación [que es...] simultáneamente un proceso de reinterpretación (Thompson, 1993: 317-318).

La “hermenéutica profunda” sintetiza en forma creativa el sentido interpretado por el investigador, contrastándolo metódicamente con los análisis sociohistóricos y discursivos (“objetivantes”), y con la interpretación de la *doxa* (“sentido común”, *lego*). Por ello Thompson habla de una “reinterpretación” que, no obstante, corre el riesgo de entrar en conflicto con interpretaciones divergentes de analistas que emplean diferentes métodos, o con la interpretación de la *doxa*. Pero de ahí surge el “potencial crítico de la interpretación”:

Si nuestras interpretaciones son justificables, entonces son justificables en principio no sólo para nosotros como analistas, sino también para los sujetos que producen y reciben las formas simbólicas que son el objeto de la interpretación. Llamaré a esto el principio de la auto-reflexión (Thompson, 1993: 354).

Así, la interpretación profunda “se transforma en una intervención potencial en las circunstancias mismas acerca de las cuales se formula” (Thompson, 1993: 354) y “tiene una conexión interna con la crítica de la dominación: está metodológicamente predispuesta a estimular la reflexión crítica de las relaciones de poder y de dominación, y esta reflexión incluye en principio la reflexión de los sujetos que están inmersos en esas relaciones” (Thompson, 1993: 356).

La reflexividad así formulada es, al final, la condición epistemológica y metodológica esencial para la reconstitución de los estudios de la comunicación como lo es para ésta en cuanto práctica sociocultural.